



**Por Jorge Félix**  
**Editor del Semanario "El Veraz"**

Quizás una de las pocas cosas que recuerdo con ternura de mi niñez, era el Día de Reyes... solo uno... porque solo pude disfrutar de uno cuando tuve uso de razón, porque al siguiente año ya no existían, el gobierno cubano los había prohibido.

Recuerdo con ternura como la noche antes, sin saber escribir, ni haber nunca ido a la escuela, intentaba escribirle una carta a los reyes magos, naturalmente imitaba la letra corrida de mis hermanos.

Puse un montón de letras junta... Teatitu miatu tuli... casi hice dos párrafos, estaba seguro que los reyes me entenderían, le pedía tantas cosas, tantas que mi padre trató de controlarme.

Entonces me dijo que debía de pedir quizás un poco menos para que otros niños del mundo pudieran también tener sus juguetes. Estuve de acuerdo y el empezó a escribirme la carta. Me dijo entonces:

- Bueno mijo, los Reyes Magos solo traen 3 juguetes para cada niño que se porte bien

Le pregunte entonces: - Pero papi, ¿los Reyes Magos no son magos? ¿No pueden inventar muchos juguetes?

Él me explicó entonces que si, *pero que eran para todos los niños del mundo y si todos pidieran mas de tres juguetes, se les acabaría la magia.*

Pobres magos - pensé - lo que tienen que hacer para llevarle a cada niño tres juguetes.



Me dijo entonces:

- *¿Qué te parece si les pedimos una ambulancia que suene, que sea roja y que corra sola?*

La idea me pareció fantástica, la verdad que mi papá si sabía qué pedirle a los Reyes Magos. Me gustó tanto lo que pidió, que dejé que siguiera pidiendo, porque el sí sabía de Reyes Magos.



Me dice entonces: - *¿Qué te parece si le pedimos un traje de Vikingo con escudo, casco y una espada?*

Aquello me pareció buenísimo... buenísimo.

Me imaginaba con mi casco y mi espada, peleando contra todos los muchachos del barrio.

Me dice finalmente:

- Y por último le pediremos los soldaditos, con indios y soldados.



Orgulloso me senti de mi padre - La verdad que mi papá sabía, ¡tenía un gusto! - pensé

Aquella noche me acosté temprano, pero no dormía.

Quería quedarme despierto debajo del mosquitero y disimuladamente levantar el mosquitero por una esquinita y ver a los Reyes Magos.

Me los imaginaba con vestidos relucientes, brillantes, con barbas, Bien mágicos. Si tenía que verlos, hablar con ellos, decirles que quería darle la mano, darle las gracias.

No pude verlos, el sueño me venció, pero a las 6 de la mañana me levanté de un susto.

De un brinco me incorporé de la cama, alcé el mosquitero y levanté la sabana de la cama.

Allí debajo de la cama, los Reyes Magos me habían dejado exactamente lo que habíamos pedido mi papá y yo.'

Una ambulancia roja, que andaba sola, mis padres se despertaron con mi alegría y corrieron a mi cuarto.

Yo estaba loco de contento... loco de contento... no sabía si ponerme el traje de Vikingo, con aquella espada y escudo, jugar con los soldaditos o con la ambulancia.





Le decía loco de contento a mi padre: - *Papá mira, lo que pedimos... Mira...*

Al año siguiente ya sabía escribir en letra de molde. Cuando me sentaba la noche antes para hacer mi carta, mi padre me dice:

- *Hijo, al parecer este año los Reyes Magos no vendrán para esta fecha... quizás en julio...*

Aquello me entristeció a punto de llorar. Me fui para mi cuarto y me puse a escribir mi carta.

Pensaba - *Ellos se acordarían de mí, yo me había portado bien.*



Le escribí entonces una carta en la que le pedía una sola cosa, no quería abusar, pedí que me trajera otra ambulancia, porque la mía se había roto.

Me dormí. Esta vez no me quedaría despierto para verlos. Seguro que estarían apurados.

A las 6 de la mañana me desperté de un sobresalto, me tiré al piso y debajo de la cama... No había nada.

No sé cuantos sentimientos pasaron por dentro de mí, sentimientos de tristeza, de abandono, de desolación.

Aquel día quizás lo recuerde como mi primer día triste...

Me fui al portal de la casa, no había un alma en la calle, me senté en el piso, miraba al cielo... quizás se habían retrasado.

Quizás habían dicho eso, pero era una sorpresa y se aparecerían de pronto y todos los niños del barrio nos volveríamos locos de contentos.



Algo me picó en la mano... era una hormiga, de cabeza grande, la solté.

La seguí con la vista y había miles de ellas luchando entre sí.

Cogí un palito y las separe, pero siguieron luchando, la batalla era dura.

Había una que tenía alas, parecía el jefe, era la más valiente, se trepaba por encima del palo y seguía luchando.